

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Abisaí Jerez

“Betabel”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 67, enero-marzo de 2024, p. 21.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

...Un dulce pálpito
La clave íntima
Se van cayendo de mis labios...
GUSTAVO CERATI

A Jessi, mi Corazón Delator

Betabel

Abisai Jerez

Ningún médico o herbolario quiso atender a Victoria, pues temían las represalias de la gente del pueblo. León, en un acto de desesperación, robó libros antiguos sobre medicina, escritos en latín. La cura [...] no estaba ahí, pues en los libros rara vez se halla solución alguna a la muerte.

El aire de la mañana era frío, cargado de humedad. El aliento de León se condensaba en el ambiente con cada exhalar furioso, producto de la violenta carrera. Atrás quedaban las desacompasadas sístoles y diástoles en el pecho de Victoria. Nada aliviaba los problemas cardíacos de quien, sin estar casados, era su mujer. La soledad de la cabaña, el crepitar del brasero en el interior de esta y la neblina que rodeaba siempre aquellos parajes los aislaban aún más de esa sociedad que los condenaba por vivir en amasiato, lejos de las leyes de Dios.

Ningún médico o herbolario quiso atender a Victoria, pues temían las represalias de la gente del pueblo. León, en un acto de desesperación, robó libros antiguos sobre medicina, escritos en latín. La cura, como era de esperarse, no estaba ahí, pues en los libros rara vez se halla solución alguna a la muerte. Aquella mañana, León despertó con la idea, según él, salvadora para su consorte. Era una idea que lo había perseguido desde chico, cuando veía a la madre trocear las remo-

lachs en la cocina; siempre había tenido la impresión de que estas hortalizas eran corazones aún latientes. TUM TUM. Al verlo atento, su madre le confesaba que consumir betarragas ayudaba a reemplazar la sangre vieja en su cuerpo por la del vegetal.

Victoria gimió levemente a su lado y una tos débil, pero continua, comenzó a aquejarla. Él acercó una oreja a su pecho y apenas pudo escuchar sus latidos; el pulso era casi imperceptible y de la boca un esputo rosáceo se asomaba por las comisuras. Fue entonces cuando, calzándose botas y cubriéndose con aquel viejo y raído abrigo marrón, corrió hasta los campos en donde cultivaba sus verduras. Rascaba la tierra como un cánido enloquecido, el rostro desencajado y los ojos perdidos más allá de su realidad. Estaba cerca, sentía las pulsaciones en el suelo y el leve rumor de un tambor se lo confirmaba. Las yemas de sus dedos lo palparon durante la diástole, el agua de la tierra era bombeada por las raíces al interior del violáceo tallo. Con los cuidados de un cirujano, desenterró el rizoma y levan-

tó por los peciolos al vegetal aún batiente. TUM TUM.

Regresó a casa. El pecho de Victoria subía y bajaba débilmente. Calentó el cuchillo en las brasas y lo enfrió con un chorro de licor casero, destilado de papa; vertió otro poco sobre el pecho de la mujer moribunda y realizó el corte. Victoria no se inmutó, no había fuerzas en su ser para nada más. Y estaba ahí, rodeado por lo que parecían raíces, latiendo apenas, negro en esas partes donde la enfermedad se había encostrado. La operación de remplazo fue rápida, eso sí lo había aprendido en los libros robados. Habiendo ligado venas a raíz y peciolos, esperó. TUM TUM. Zurció a Victoria, comenzó a ver cómo se volvían a teñir de rosa las mejillas de su amada. La betaína humana era bombeada por las venas cavas al interior del floema y el xilema, y fluía hacia las venas pulmonares, intercambiando el bióxido de carbono por oxígeno.

La mañana resplandecía, el sol alejaba la niebla. León cuidaba de Victoria sentado en una silla al lado de la cama, exhausto. Su cuerpo comenzaba a caer en un profundo sueño cuando una mano teñida de clorofila apretó la suya, aún manchada de pigmento y sangre, mientras una voz dulce susurró: "León". LPyH

Abisai Jerez (Veracruz, Ver., 1994) es licenciado en Biología. Becario por la Academia Mexicana de Ciencias en 2018 y 2019. En la actualidad, es maestro en Ciencias Bioquímicas por la UNAM.